La Peña Literaria Pancho Fierro

(Capítulo IX del libro inédito

Entrada en el Perú).

Con los Núñez hice mi primera visita a la peña literaria "Pancho Fierro", sitio de reunión de las gentes de letras y arte en Lima. Pancho Fierro fué un acuarelista limeño que vivió de 1806 a 1879 pintando las costumbres y los tipos de Lima ochocentista; la misma que describieron en sus obras sus contemporáneos Felipe Pardo y Manuel Ascensio Segura.

Era el instante en que el costumbrismo satírico de Larra daba frutos en sus imitadores de América. Pardo creaba su *Niño Goyito*, Ascensio Segura la *Ña Catita*; síntesis del arcaísmo virreinal el uno y de malicia celestinesca la otra.

Pancho Fierro pintó tipos y escenas limeños del siglo diecinueve: colegiales de San Carlos y San Fernando; las tapadas, el Paseo de Alcaldes, las danzas de Amancaes, un penitenciado de la Inquisición, escenas de tauromaquia y de religiosidad popular.

La tapada, "altar del pecado y de la insinuación en marcha" según Carlos Barella, fué uno de los motivos más frecuentes de Pancho Fierro. La representó en diferentes épocas, señalando los cambios de su traje desde la saya llamada de tiritas hasta la saya verde de 1855, subrayando en todas la manera ca-

racterística de llevar el manto, que sólo dejaba visible un ojo expectante y malicioso.

El procedimiento de caricatura, la ironía, lo grotesco, el anticlericalismo, distinguen estas acuarelas. Algunas, como Fray Tomate, La Tapada y el Seminarista, son agudas interpretaciones de sabor goyesco.

Dirigen la Peña "Pancho Fierro" dos muchachas jóvenes, inteligentes, limeñísimas en la gracia y el tipo: Alicia y Cecilia Bustamante. Mirándolas reír, conversar, moverse de una mesa a otra haciendo los honores de la casa, recordaba la observación de Max Radiguet: "En la limeña hay a la vez, de la avispa y del colibrí. Tiene como la primera un fino corpiño y un dardo, que es el epigrama, y del segundo, el color brillante, el vuelo caprichoso y desigual". José Sabogal pintó el retrato de las dos hermanas en grupo, poniendo en su creación algo del colibrí y de la avispa.

En "Pancho Fierro" conocí a Aurora Cáceres, hija del general en un tiempo Presidente del Perú; divorciada de Gómez Carrillo. Es autora de varios libros, entre ellos, *La ciudad del sol*, interpretación artística del Cuzco.

Carmen Saco, escultora de tallas directas en madera tan expresivas como La Mestiza, estaba también en la Peña aquella noche. En los últimos tiempos se ha orientado hacia un arte de propaganda reivindicadora en esculturas como Indio bajo el Régimen Feudal. Carmen Saco es una mujer vivaz, gruesa y blanca, de lacio cabello oscuro y ojos verdes, reidores. Al otro día me fué a buscar al hotel, me llevó a su casa mostrándome sus esculturas y me regaló un huaco precioso: un puma humanizado, excelente ejemplar de cerámica chimú.

En aquella primera visita me presentaron también a Xavier Abril, Emilio Adolfo Westphalen, Enrique Peña Barrenechea y José Hernández, todos poetas jóvenes de calidad. Xavier Abril había publicado en esos días su libro *Descubrimiento del alba*. La lectura de sus poemas, la frecuencia con que lo traté

durante mi estada en Lima, me ha hecho fácil la composición de mi ensayo "Albas de Xavier Abril", donde intento un estudio de la obra total de este lírico de modernidad acusadísima.

Westphalen es alto, de grandes ojos de asombro y muy escasas palabras. Vive un mundo poético sobrerrealista parte del cual nos ha mostrado en sus libros *Las insulas extrañas* y *Abolición de la muerte*.

Enrique Peña Barrenechea habla en un bajo tono cálido; se mueve en una atmósfera de cortesía discreta. Cuando me habló supe que ya me conocía. Había leído mi ensayo sobre Pablo Neruda. Y José Hernández es, conversando, finamente irónico y alegre.

Un muchacho pálido recién llegado de su tierra chilena me fué presentado cuando me despedía: Orestes Plath.

Volví dos veces más a "Pancho Fierro", una de ellas con Alberto Tauro, crítico con dotes de "scholar", inapreciables en nuestra América donde tanto se improvisa todavía en el quehacer de juzgar; fino artista también de la fantasía *Allá vamos*, cargada de intención social.

Tauro me presentó esa noche a José María Arguedas, el cuentista de *Agua*. Conversé largamente con Martín Adán, prosista de matices jarnesianos en su novela *La casa de cartón*. Martín Adán —su verdadero nombre es Rafael de la Fuente Benavides— posee el arte de ironizar con elegancia. Su conversación es deleitable como la de un cortesano renacentista. Dicen que escribe bellos versos. Más sólo pude leer, de prisa, *La casa de cartón*, en la biblioteca de Estuardo Núñez. La novela, agotada ya, no la encuentran ni los vendedores de libros raros.

Mi última visita fué con Westphalen y César Moro, gran conversador éste, y quizás por eso buen amigo de Westphalen que lo sabe escuchar. César Moro, pintor y poeta, ha vivido en París largas temporadas, adquiriendo exigencias en el gusto que lo hacen mordaz, desdeñoso y desarraigado en Lima. Pre-

paraba entonces un viaje a México. Pequeño, delgado, es un haz de nervios rebeldes. Tenía consigo aquella noche, repasándola, la *Nadja* de André Breton.

Al salir de "Pancho Fierro" preferí caminar hasta el hotel. Pasamos frente a la Catedral desdibujada en la sombra. La escultura ecuestre de Pizarro, situada en el atrio durante las fiestas del cuarto centenario de la fundación de Lima, parecía pronta a correr a través de la Plaza Mayor buscando su casa solariega, hoy desaparecida.

Tuve una sensación de peligro, de que íbamos a ser arrollados por las patas del caballo en fuga. Westphalen y Moro rieron cuando les comuniqué mi aprensión. Les gusta la ironía. Son autores de una invectiva satírica, tremenda, titulada *Vicente Huidobro o el obispo embotellado*.

CONCHA MELÉNDEZ,
Universidad de Puerto Rico.